

La hierba todavía baila

Desde pequeño recuerdo a mi padre callado frente a los humedales. Sus cejas se elevaban y descendían en búsqueda de la cigüeñuela que le había robado el corazón. Su vista se había deteriorado con el tiempo y, cada año que pasaba, la lente de sus prismáticos actuaba más como una segunda mirada.

De repente, un sutil giro de tobillo y un susurro ahogado de emoción. Allí estaba, la cigüeñuela. La criatura parecía no sentir ningún miedo. Avanzaba en su fino tambaleo hacia mi padre que observaba inmóvil; el pico elevado en señal de saludo. O eso es lo que él decía, al menos. Recuerdo todas estas cosas como un sueño del que despiertas con la mano en el pecho.

Mi padre sigue anclado a las mismas costumbres, los mismos prismáticos polvorientos y el mismo movimiento de cejas pobladas. El baile de la cigüeñuela, que diariamente caminaba en procesión hacia mi padre, ahora parece parte de aquel sueño de verano azul. No importa cuánto insista, no quiere dejar de venir a buscarla. Aunque ya no haya ni una sola gota de agua. Pero mi padre no se rinde aún. Al final del día, la hierba todavía baila.

Stephen